

EL AURA DEL GENERAL ESPARTERO. CONSTRUCCIÓN, DECONSTRUCCIÓN Y APROPIACIÓN DE LOS PERFILES CARISMÁTICOS DE UN PROHOMBRE

JUAN ANTONIO INAREJOS MUÑOZ

Instituto de Historia (CSIC)

juaninarejos@hotmail.com

(Recepción: 19/06/2012; Revisión: 22/08/2012; Aceptación: 08/02/2013; Publicación: 06/06/2014)

1. MITOS, HÉROES Y PROHOMBRES EN LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL LIBERALISMO.-2. GUERRA, CARISMA Y LITERATURA.-3. USOS Y APROPIACIONES DEL CARISMA.-4. EPÍLOGO: LA INSTITUCIONALIZACIÓN DEL CARISMA.-5. BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

En el artículo se rastrea el variado utillaje retórico y simbólico que impulsó la construcción y deconstrucción del aura mítica y carismática de Baldomero Espartero, analizada a partir de la categoría conceptual weberiana de carisma. La guerra y la política fueron dos de los ámbitos neurálgicos donde los modelos de prohombre pergeñados por las culturas políticas liberales concurren y fueron contrastados. Ambos escenarios, verdaderos vasos comunicantes de carisma y legitimidad, permiten deslindar las contradicciones y apropiaciones que marcaron la fecunda etapa de creación de estereotipos iniciada con la irrupción del liberalismo y la modernidad.

Palabras clave: liberalismo; Baldomero Espartero; mitos; liderazgo; carisma.

THE AURA OF GENERAL ESPARTERO. CONSTRUCTION, DECONSTRUCTION AND APPROPRIATION OF THE CHARISMA OF A LEADER

ABSTRACT

The article traces the rhetorical and symbolic tools that prompted the construction and deconstruction of the mythical and charismatic aura of Baldomero Espartero, ana-

lysed from Weberian conceptual category of charisma. War and politics were two main areas where diverse leadership models, developed within liberal political cultures, gathered and were compared. The analysis of both charismatic scenarios allow us to underscore the contradictions and appropriations that marked the fertile phase in the creation of stereotypes that began with the emergence of liberalism and modernity.

Key words: liberalism; Baldomero Espartero; myths; leadership; charisma.

* * *

1. MITOS, HÉROES Y PROHOMBRES EN LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL LIBERALISMO

La irrupción del liberalismo español vino acompañada de un fecundo periodo de gestación de mitos y héroes. El alumbramiento de la modernidad vino acompañado de un proceso de creación de mitos que apuntaló el nuevo orden político. Los mitos permitían superar la temporalidad, posibilitaban la fe en la duración y supervivencia de los valores personales y fomentaban una conciencia enraizada en los actos que afirmaban valores y principios (1). Emergió la necesidad de hacer tabla rasa del acervo glorificador del Antiguo Régimen y perfilar con nuevos sujetos, lenguajes y referentes los pilares que sustentasen el régimen liberal. El individuo, otrora súbdito, ahora ciudadano, libre e igual, sustituyó al monarca absoluto como sujeto central y soberano del nuevo horizonte político contractual. La deificación del soberano todopoderoso, figura única y depositaria de la legitimación divina, cedió y compartió la centralidad en la opinión pública tras la irrupción del héroe liberal, tangible, visible y humanizado (2).

La revolución política, económica y social en ciernes necesitaba una coraza alegórica o imaginada que actuase como catalizador y referente movilizador de la incipiente ciudadanía contra los distintos obstáculos que encontró en su camino: desde la lucha contra la ocupación napoleónica hasta el abigarrado y solapado combate frente al absolutismo (3). La sacralización del héroe liberal, al servicio del proceso revolucionario y su nueva sociedad, fue impulsada y sustentada por los nuevos resortes de poder emanados del sistema representativo, pero también por las clases populares (4). El objetivo era difundir y socializar una religión patriótica cívico-militar que movilizase militarmente, encorsetadas

(1) KOLAKOWSKY (1990) [1972]: 17.

(2) CHUST CALERO (2003): 96.

(3) MANUEL GARCÍA PELAYO afirmó: «...los mitos sirven también para mantener la esperanza en la destrucción del *status* social existente y para la movilización de las fuerzas necesarias para tal objetivo», (1981): 19. La mitificación de estas guerras en la historiografía liberal y nacionalista es desmenuzada en PÉREZ GARZÓN (2001): 15-16.

(4) FRASQUET (2003): 161.

en el ejército, a las clases populares (5). Hacer de estas conductas ejemplares un patrón a imitar. En palabras de Kolakowsky, la herencia del mito consistía en heredar valores impuestos por aquél (6).

Frente a los encorsetados perfiles del sacralizado monarca absoluto (7), el paradigma de héroe liberal no entrañó unos caracteres unívocos y se caracterizó por su maleabilidad. Una plasticidad que estuvo directamente relacionada con los vaivenes y derroteros políticos descritos por el proceso revolucionario español. (8) La versión radical del cambio político sublimada por la Constitución de Cádiz pergeñó un modelo de héroe liberal de marcado carácter cívico y democrático. Héroe y ciudadano constituían las dos caras de una misma moneda. No obstante, las innegables connotaciones políticas y sociales de esta versión democrática fueron relegadas al ostracismo por el liberalismo *respectable* apenas fue derrotada la amenaza reaccionaria (9). El potencial movilizador que entrañó esta categoría entró en colusión con los estrechos márgenes políticos, económicos y sociales del proyecto de Estado liberal y de nación concebido por la burguesía conservadora que accedió y controló los nuevos eslabones de poder.

Frente al ciudadano en armas, ideal confinado a la cultura política demócrata y republicana, el moderantismo isabelino respaldó el estereotipo del prohombre militar (10). Un componente castrense que también transitó el tipo impulsado por el progresismo, un híbrido a caballo entre los dos modelos anteriores. La guerra y la política fueron dos de los escenarios neurálgicos donde estos modelos de prohombre concurren y fueron contrastados, ámbitos que se convirtieron en verdaderos vasos comunicantes de carisma y legitimidad. Lejos de constituir verdaderos compartimentos estancos, estos modelos interactuaron con los individuos que los capitalizaron, moldearon y sublimaron, con influencias recíprocas entre sujeto y arquetipo marcadas por contradicciones y conflictos. Baste recordar las múltiples dimensiones y lecturas que se hicieron de Baldomero Espartero, concebido como un mito liberal y un prohombre del progresismo. Pero no solo. Durante los primeros pasos de la andadura liberal también fue considerado un héroe por el moderantismo y por el incipiente republicanismo, los mismos que deconstruyeron su figura y con el paso del tiempo renegaron del azote del carlismo.

Si bien remitieron a conceptos y universos eternos e intemporales, los mitos del liberalismo español estuvieron sujetos a constantes reformulaciones. Fueron un producto de la dialéctica que se estableció entre los individuos que los en-

(5) ÁLVAREZ JUNCO (1997).

(6) KOLAKOWSKY (1990): 19.

(7) La sacralización regia, escenificación del poder y encumbramiento egregio de los monarcas absolutos, en GEERTZ (1994): 147-171; y MÍNGUEZ (2001).

(8) ÁLVAREZ JUNCO (2002). Un análisis en clave comparativa con el entorno europeo, en SANTIRSO RODRÍGUEZ (2008).

(9) MARTÍNEZ GALLEGO (2003): 268.

(10) Los diferentes modelos de prohombre fueron objeto de estudio específico en otro trabajo, INAREJOS MUÑOZ (2009): 21-35.

carnaron y corporeizaron, extraordinarios en mayor o menor grado, y las sociedades, regímenes y discursos presentes en una etapa o contexto determinado. Tan cambiantes como las distintas biografías que se solaparon y anudaron dentro de cada biografía que sirvió de soporte para la forja de los mitos y los disímiles modelos de prohombres. Espartero se erigió en uno de los héroes liberales por antonomasia, pero también tuvo muchos más significados, algunos de ellos con poca carga épica: el afortunado soldado del pueblo, el luchador por la Independencia, el represor de liberales en la metrópoli y en la América colonial, el afamado jugador de cartas, el caudillo militar, el pacificador de España, el político desbordado y contradictorio, el sitiador de Barcelona, el influyente exiliado o el nuevo Cincinato, entre otros muchos.

Historiar esta serie de nociones e interpretarlas al hilo del proceso de generación de mitos, con la propia visión que el héroe poseía de su época y de su contexto, permiten comprender con mayor amplitud las relaciones trabadas entre los individuos y las estructuras sociales que sirvieron de soporte a estos referentes simbólicos (11). Unos paradigmas que se enfrentaron a las rupturas de un tiempo histórico que estuvo marcado por zigzagueantes periodos de cambio social que fracturaron el proceso revolucionario liberal y minaron su coherencia y orden lineal. Unas discontinuidades que hay que tener muy presentes a la hora de abordar la crítica de las visiones teleológicas inherentes a los relatos y discursos generalmente lineales y unívocos que presidieron la formación y socialización de los mitos. El variado utillaje (literario –y particularmente las obras de Martínez Villergas–, retórico, simbólico, etc...) que impulsó la construcción y deconstrucción del aura mítica y carismática de Baldomero Espartero permite deslindar las contradicciones que marcaron esta prolija y fecunda etapa de creación de arquetipos, pero también las instrumentalizaciones y apropiaciones que se realizaron del *héroe de Luchana*.

2. GUERRA, CARISMA Y LITERATURA

«El ejército que tal hazaña consumó era un gran ejército; mas para que luciera en toda su grandeza el santo ardor patriótico y el militar orgullo que le inflamaban era necesario que tuviese caudillos que supieran cogerle de un brazo y llevarle a las cumbres estratégicas, que simbolizan las altas cimas de la gloria. Sin tales pastores, no puede haber rebaños tales. Pastoreaba las tropas cristinas, en aquella noche terrible, un soldado de corazón grande, que supo infundirles el sentimiento del deber, la convicción de que sacrificando sus vidas mortales salvarían lo inmortal de la patria, el honor histórico de las banderas» (12).

(11) Siguiendo las prescripciones de teoría y metodología de la biografía marcadas por BURDIEL (2000): 28.

(12) PÉREZ GALDÓS (2005): 3.187. En esta novela Galdós recrea el levantamiento del sitio de Bilbao en diciembre de 1836 por parte de las tropas cristinas lideradas por Espartero. El atractivo

La literatura constituyó uno de los instrumentos que permitió la traslación a la escena política del carisma alcanzado en el escenario bélico. Aunque desbordados por la inmediatez de la prensa, los opúsculos consagrados a la narración mitológica de las epopeyas militares del héroe en el campo de batalla constituyeron una de las principales vetas de legitimidad carismática (13). No resulta baladí que la eclosión editorial que se ocupó de la figura de Espartero, ora denigratoria ora adulatoria, dedicase una atención preferente a escrutar sus dilatados servicios castrenses. Bien para aquilatar y acrecentar el ascendiente del héroe —llegó a publicarse en varias ocasiones su hoja de servicios— (14), bien para minusvalorar o relativizar los logros de los prohombres con los que fue cotejado y contrastado. En gran medida también condicionada por las propias características de la relación carismática, donde el personaje carismático es concebido como tal —o no— en virtud de la concepción que de él se formaron sus seguidores. En suma, la percepción del héroe entre sus potenciales prosélitos no procedía de la propia naturaleza o cualidades del líder, sino de las nociones que de él eran concebidas.

Entre la vasta producción literaria que generó el acervo militar de Espartero habría que subrayar la obra, dotada de un sugerente título y generalmente desapercibida, del progresista —a la sazón republicano— Juan Martínez Viller-gas: *Paralelo entre la vida militar de Espartero y la de Narváez. Obra interesante por su objeto, útil para los que quieran saber a punto fijo las hazañas de los expresados generales, y necesaria a los que fascinados por el brillo de la exterioridad hayan creído ver más que un héroe donde apenas hay un hombre* (15). Un libro que no deja de ser uno más de los panegíricos esparteristas que circularon durante las décadas centrales del Ochocientos. Su excepcionalidad radicó en el enfoque que adoptó la obra. Constituye uno de los escasos ejemplos en los que abierta y explícitamente se cotejan las vetas de legitimidad castrense de los dos militares que entonces capitalizaban los enfrentados modelos de prohombre del moderantismo y del progresismo. La fecha de publicación

y sugerente relato, que no deja de ser una ficción construida sobre un marco espacio temporal y unos acontecimientos veraces, ha llevado a algunos biógrafos de Espartero a considerar este *Episodio* como una fuente histórica, error sobre el que previene SUÁREZ CORTINA (2006): 46.

(13) Las necesidades de brevedad desautorizan la enumeración del amplio número de obras que abordaron la biografía de Espartero, bien de forma pretendidamente integral o de forma tangencial. La práctica totalidad de las obras escritas durante los siglos XIX y XX, en BERMEJO MARTÍN (2000): 314-318.

(14) *Hoja de servicios del Excmo. Sr. Capitán General D. Baldomero Espartero, duque de la Victoria y de Morella*, Barcelona, Establecimiento Tipográfico de Narciso Ramírez, 1861 (anónima). Una corriente cuyos ecos han llegado hasta la actualidad. No resulta casual el apéndice «militar» que incorporan en su título la mayoría de la amplia nómina de obras adulatorias, como fue el caso de las primeras y extensas elaboradas por SEGUNDO FLÓREZ (1843-1845); y la *Vida militar y política de Espartero, obra dedicada a la Ex-Milicia Nacional del Reino escrita por una Sociedad de ExMilicianos de Madrid* (1844).

(15) Publicada en Madrid, Imprenta de Antonio Ortigosa, 1851.

tampoco resultó baladí, 1851, tras la vuelta de Espartero del exilio londinense, en plena campaña por restablecer su prestigio tras su forzada marcha en 1843 y el posterior inicio de la dominación moderada.

La estructura y el contenido de la obra albergaban un ataque directo al modelo de héroe militar que los moderados, desde la atalaya gubernamental, intentaban aquilatar en torno a Narváez. Las hazañas de Espartero son narradas con todo tipo de detalles: desde su precoz participación en la Guerra de la Independencia, pasando por su intervención en las guerras de emancipación americanas hasta desembocar en su implicación en la decisiva contienda carlista. Una minuciosidad que contrasta con la parquedad y decidida omisión de los paréntesis más controvertidos y menos heroicos de los servicios prestados por el militar manchego (16). La denuncia ante las autoridades fernandinas de la conspiración liberal urdida por Mina a finales de 1826, a la vuelta de su cautiverio americano, es omitida (17). Su porfiada etapa de subordinado del reaccionario conde de España en Barcelona en 1830 es solventada con una escueta frase: «Un año estuvo Espartero en dicha ciudad desde donde pasó de guarnición a Palma de Mallorca» (18).

En el extremo opuesto, las operaciones militares de Narváez y su ascenso en el escalafón castrense son minusvaloradas de forma pretenciosa y sistemática, según advirtió el autor al comienzo de la obra:

«Lo que yo quiero y voy a demostrar es que jamás se ha singularizado como militar; que portándose bien como oficial en campaña, no ha hecho más que lo que hacen millares de soldados cuyos nombres no pasan nunca a la posteridad, y que desde que obtuvo el grado de coronel, y acaso antes, no ha contraído mérito alguno que legitime sus ascensos. Tal es, amados lectores, el cuadro de don Ramón María Narváez aislada y rigurosamente dibujado: en su *Paralelo* con el general Espartero naturalmente ha de salir menos airoso por aquello que os dije antes comparando el agua del mar a la de la fuente Cibeles» (19).

(16) Un enfoque diametralmente opuesto al adoptado en una de las más famosas obras antiesparteristas, la anónima titulada CC. MM. (1843): *Espartero. Su origen y elevación, o sea reseña histórica de los medios que empleó para elevarse, y de las causas de su caída*; donde se atacó la carrera política y militar de Espartero, se justificaron los manejos de María Cristina y se ensalzó la trayectoria castrense de Narváez. Para profundizar en los trabajos conspirativos de María Cristina, el Vaticano y la monarquía orleanista durante el Trienio esparterista, véase DÍAZ MARÍN (2011).

(17) Denuncia que figura en su expediente personal del Servicio Histórico Militar, carpeta 27, folio 56; reproducida por SCHUBERT (2000): 190. Unos documentos que posteriormente intentó retirar, sin conseguirlo, de su hoja de servicios, según demostró CEPEDA GÓMEZ (1981): 147-163.

(18) MARTÍNEZ VILLER GAS (1851a): 79. El conde de ROMANONES, otro de sus biógrafos más condescendientes, también intentó exculparle de esta etapa y justificó su conducta en la observancia de la obediencia militar, (1932): 43.

(19) MARTÍNEZ VILLER GAS (1851a): IX. Los epígrafes de algunos de los capítulos dedicados al *espadón* de Loja son suficientemente orientativos: «Capítulo IV. Narváez es cadete. Sigue de cadete Narváez. Continúa Narváez de cadete... Capítulo V. Prosigue Narváez de cadete. Obtiene

La contundencia de las invectivas de Martínez Villergas encontró respuesta en forma de censura, una de las estrategias políticas y culturales de dominación desplegadas por el moderantismo (20). Narváez, escudado en la constrictiva Ley de prensa de 1850, instó a la *recogida* de la corrosiva obra. Para el autor el momento escogido tampoco resultó aleatorio: inmediatamente después de la entrega que había narrado la batalla de Luchana y justo antes del relato y crítica de la campaña de *La Mancha* protagonizada por el espadón moderado, «lo que podría ser muy desagradable al general Narváez». El cese de la publicación vino acompañado de una orden de encarcelamiento. El autor, consciente de los riesgos que corría, había vislumbrado la represalia en las páginas finales de la primera parte de la obra. La construcción de héroes y modelos de prohombres requirió conductas heroicas.

Tras dos meses en prisión, el autor se reafirmó en su intención de finalizar la obra censurada (21). Aunque atemperadas, la segunda parte de la obra continuó con las críticas al duque de Valencia, centradas en su gestión política durante el inicio de la Década moderada. Entre un amplio abanico de diatribas, acusó a Narváez de carecer de pensamiento político y de simular la pacificación de Cataluña durante la segunda contienda carlista cuando todavía quedaban partidas activas. Aunque no lo afirmó de forma explícita, el autor dejó entrever que su objetivo a la hora de buscar *lucimiento* en las Cortes estuvo dirigido a emular la magnánima pacificación de Vergara lograda por Espartero (22). No obstante, el verdadero interés de la segunda parte de la obra radicó en el viraje que experimentó su juicio sobre el otrora idealizado Espartero. La primera parte del anatemizado libro estuvo concretada en la narración de las epopeyas militares de Espartero que culminaron con la acción de Luchana, es decir, con la batalla que mayor reconocimiento y popularidad le otorgó a lo largo de la guerra civil (23). Por el contrario, la segunda parte estuvo consagrada preferentemente al examen de la regencia esparterista. Se había producido la transición del militar victorioso al político inexperto, des-

el grado de alférez. No hace nada. Se arrepiente la primera vez que hace algo. Vuelve al estado de cadete... Capítulo XI. De cómo don Ramón María Narváez llegó a capitán sin saber cómo ni cuándo, y a comandante sin saber cuándo ni cómo», pp. 318-319.

(20) ROMEO MATEO (2001): 249.

(21) Segunda parte que tituló *Desenlace de la guerra civil, o sea resumen histórico y examen imparcial de los principales sucesos ocurridos en España desde el último sitio de Bilbao hasta el último sitio de Madrid; es decir, desde la gloriosa acción de Luchana hasta el fenómeno militar de Ardoz, o lo que es lo mismo, desde el año de gracia de 1836 hasta el año de desgracia de 1843*, Madrid, Imprenta de J. Antonio Ortigosa, 1851.

(22) MARTÍNEZ VILLERGAS (1851b), p. 24. Sobre el convenio de Vergara, véase SANTIRSO RODRÍGUEZ (1995).

(23) Entre una ingente nómina, para la contienda carlista son de referencia obligada las clásicas obras de CHAMORRO (1851-1854), LAFUENTE (1877-1882) y PIRALA (1891) (1892-1895).

bordado y contradictorio (24). En términos weberianos, una objetivación del carisma.

Las críticas a su gestión política comenzaron a reformular el modelo de prohombre que había confeccionado durante la primera parte de su obra y a deconstruir los perfiles heroicos atesorados durante el transcurso de las operaciones militares y la gestión y escenificación de la paz. El relato de las gestas militares dio paso a la censura de la obra política acometida durante el Trienio esparterista (25). Bajo la óptica de Martínez Villergas, la libertad de prensa que rigió el periodo defraudó por su escasa amplitud. Los fraudes electorales y los estrechos márgenes censitarios mediatizaron su esquivada valoración de las elecciones celebradas (26). Una desazón acentuada por los insuficientes cambios impulsados por Espartero y su gobierno en el terreno económico, quienes «habían predicado unas doctrinas en la oposición y practicaban otras en el mando» (27). Precisamente sobre su desafortunado círculo de ministros descargó una parte importante de la responsabilidad (28), sobre quienes también recayó la acusación de haber facilitado el ascenso de los moderados al poder. En última instancia, el objetivo fue relativizar el compromiso de Espartero en la gestión. El juicio de Martínez Villergas condensó el descontento que interiorizó

(24) Sin que ello implique aceptar una rígida división entre ambos periodos o facetas. Son varios los autores que coinciden en señalar cómo Espartero, después del exitoso levantamiento del sitio de Bilbao a finales de 1836, empezó a influir decisivamente en el Gobierno, de forma paralela a su paulatina deriva progresista. Los distintos instrumentos que puso en juego son analizados en MARTÍN ARRANZ (1987b): 112-113. Véase también al respecto DÍAZ MARÍN (2006).

(25) Tarea que Martínez Villegas ya había acometido con anterioridad en la obra titulada *El baile de las brujas*, publicada en 1843. En otras dos de sus obras *El baile de la piñata* y *Los políticos en camisa*, también había realizado duras críticas a los moderados y a Narváez. Unos trazos sobre la biografía y la obra del periodista, poeta satírico, escritor y político, en NAVAS RUIZ (1990): 381; y ALONSO CORTÉS (2004).

(26) Los criterios censitarios que regularon los comicios entraron en colusión con los principios de los que hizo gala Espartero: «...el derecho electoral restringido a clases determinadas, y sujeto a la cuantía de la materia imponible para contribuir al erario o a una cantidad fija de contribución, es, además, de una injusticia altamente irrisorio en un país gobernado constitucionalmente», en DEL NIDO Y SEGALERVA (1916): 8. Las denuncias de irregularidades electorales durante esta cita, en DÍAZ MARÍN (2008): 207.

(27) MARTÍNEZ VILLERGAS (1851b): 216. Ambigüedades que también estuvieron presentes durante su segunda etapa de gobierno, escudriñadas por URQUIJO GOITIA (1997): 267-302.

(28) Uno de los pretextos y argumentos exculpatorios más recurrentes de las obras de sus biógrafos apologeticos: «Espartero tiene un corazón grande y magnánimo, y sus deseos han sido los de hacer la felicidad de su país, y tal vez lo hubiera conseguido si no hubiese estado rodeado de malos consejeros», *Historia del General D. Baldomero Espartero, duque de la Victoria y de Morella, con los sucesos más notables de su vida política hasta su muerte* (1874): 3. Manuel MARLIANI hizo hincapié en la inestabilidad generada por las conspiraciones impulsadas por María Cristina y los moderados exiliados, en *La regencia de D. Baldomero Espartero, Conde de Luchana, Duque de la Victoria y de Morella, y sucesos que la prepararon* (1870).

una parte significativa del progresismo contra el prohombre al que años atrás había aupado y sacralizado.

En último término, la pendular reflexión de su biógrafo remite al influjo que ejerció la vida política de Espartero en la deconstrucción del aura que había conseguido granjearse en los campos de batalla. La guerra resultó decisiva en la proyección política de Espartero, pero su legado político mermó de forma considerable el capital simbólico alcanzado en el escenario bélico. Ambos espacios actuaron como vasos comunicantes en constante retroalimentación. A pesar de ello, el Espartero militar siempre fue situado por encima de su *alter ego* político. El reflujo del mito del héroe liberal –eterno– salió al rescate del político –y humano– desbordado: Espartero en 1843 «cayó, doloroso es decirlo, sin hacer nada que recordase al vencedor de Luchana» (29).

La centralidad de los méritos bélicos en el proceso de construcción de arquetipos fue instrumentalizada por Martínez Villergas para virar en la imagen que había tejido sobre Narváez en la primera parte de su obra. Tras seis meses de prisión, comenzó a resquebrajarse la firmeza de la que había hecho gala al inicio de su cautiverio, cuando había comenzado, entre rejas, la redacción de la segunda parte de la obra. Para el autor, la privación de libertad había demostrado de manera fehaciente que no cedía al «rigor de las persecuciones». Un argumento que contradictoriamente utilizó para explicar cómo su repentino cambio de opinión sobre el prohombre moderado devino «voluntariamente» (30). Tras su excarcelación tuvo un juicio de conciliación con un representante de Narváez y se comprometió a ofrecer aclaraciones sobre las críticas anteriormente vertidas sobre el *espadón* de Loja: «que me demandase no tanto el temor del peligro como la imperiosa voz de mi conciencia» (31). Pese a la retórica escapista empleada, el escritor progresista admitía de forma subrepticia los efectos coactivos de la represión.

Las aclaraciones prometidas estuvieron focalizadas en suturar la herida arterial abierta en el honor militar de Narváez, aquella que más rápido podía producir el desangramiento de la figura extraordinaria y presentar –como rezaba el título de la primera parte de su obra– apenas un hombre donde se había querido ver un héroe. Martínez Villergas se desdijo de la acusación de haber exagerado deliberadamente la gravedad de las heridas recibidas en combate: «...estoy convencido de que el señor duque de Valencia cuenta con sobrado valor cívico y militar para que necesite encarecer el mérito que le cupo en aquella acción de guerra ni en ninguna otra» (32). Una cuestión *a priori* irrelevante que desempeñó un papel de primer orden a la hora de elevar a los altares a los caudillos militares. El héroe

(29) MARTÍNEZ VILLERGAS (1851b): 221.

(30) MARTÍNEZ VILLERGAS (1851b): 222.

(31) MARTÍNEZ VILLERGAS (1851b): 222. Juicio en el que fue defendido por Francisco Salmerón, quien tampoco pudo evitar su posterior condena a destierro en 1852.

(32) MARTÍNEZ VILLERGAS (1851b): 222.

perfecto era el héroe muerto. Se convertía en objeto de culto, en un mártir de la causa (33). Baste recordar la sacralización de Zumalacárregui por el carlismo, del protomártir liberal Riego, el esparterista Zurbano o el antiesparterista Diego de León por parte de las diferentes culturas políticas isabelinas (34). De ahí que la narración de las adversidades y la proximidad y desprecio a la muerte, corporeizada y simbolizada por las heridas sufridas en el campo de batalla, desempeñase una centralidad axial en los procesos de mitificación.

Al igual que hiciesen la práctica totalidad de sus biógrafos, Martínez Villeras relató con detalle las incontables heridas que sufrió Espartero a lo largo de su trayectoria castrense. Unas adversidades que lo acercaban a la frontera del martirio, pero que también forjaban su aura de ser extraordinario, invicto e inmortal. Espartero alimentó este supuesto perfil enigmático en repetidas ocasiones con afirmaciones metafísicas. Se preguntó si la diosa Fortuna, esa «deidad pagana o gentil que tanto vela por un soldado», se había enamorado de él y fue la responsable de haberle dejado «a salvo de los mayores peligros y que haya evitado que alguna de las muchas balas que le rompieron el pellejo y algunos huesos, no haya ido derecha al corazón» (35). En una de las cartas que envió a su mujer desde el frente vasco le aseguró que Marte le protegía (36). Una estrategia que explica la trascendencia concedida a las acusaciones de banalización, exageración e incluso ficción de las heridas sufridas en combate por Narváez. Por analogía con el dilatado historial de Espartero, el duque de Valencia había sido descaradamente ridiculizado. Un aspecto en absoluto menor en la mentalidad romántica de la oficialidad castrense, fácilmente visible y reconocible en los propios testimonios de los protagonistas sobre la irascible honorabilidad. Baste recordar cómo Espartero llegó a retarse en duelo con un teniente coronel de su regimiento durante su destino en Palma de Mallorca a finales de la Década ominosa.

Los sacrificios y sufrimientos fueron explotados y rentabilizados en el terreno político, aunque no fueron los únicos aspectos de la guerra que fueron instrumentalizados. El carácter del enemigo, las muestras de fervor que despertaron o los objetivos logrados menguaron o dilataron el carácter heroico de sus protagonistas. Para Espartero la primera contienda carlista había sido el conflicto por antonomasia, argumento que explica su visión del resto de campañas donde su protagonismo fue menor (como la de la Independencia), donde fue eclipsado por el resultado (como las guerras de emancipación americanas) o en las cuales no llegó a participar, como ocurrió con la Guerra de África. Sobre esta última aseveró:

«Esta guerra tendrá su mérito especial como la que se hace al salvaje; pero no puede apreciarse por la ciencia ni por el arte que ella establece en las guerras comu-

(33) VOVELLE (2003): 22.

(34) BOTREL (1993): 149-175.

(35) *Dichos y opiniones de Espartero en conversación con sus amigos*, s/l, s/f, pp. 12-13.

(36) ROMANONES (1932): 53.

nes; tiene que emplearse una táctica adecuada que no es la regular. Gloria habrá, sin embargo, para los que tienen que principiar por estudiar al enemigo que no conocen, venciendo dificultades y luchando con la ferocidad del fanático».

Espartero atribuyó y achacó la popularidad que alcanzó el conflicto con el Imperio marroquí al componente religioso. Su recelo hacia la notoriedad que despertó, explicitado en el fragmento anterior, resultó evidente. Un desaire que también se destila cuando valoró la campaña como «innecesaria» para realizar tamaño sacrificio. Bajo su óptica los territorios que se conquistasen serían difíciles de retener y no se lograría evangelizar a los *moros* (37). Un desdén que también se desprende al mencionar al general en jefe de la expedición, O'Donnell, el prohombre del moderantismo a quien Espartero se vanagloriaba con cierta prepotencia de haber ascendido a mariscal de campo durante la primera contienda carlista. Desde su retiro Espartero daba lecciones de estrategia militar y enjuiciaba a los antiguos y afortunados subordinados que habían luchado a sus órdenes en la filas cristinas. Tal vez receloso de la instrumentalización que O'Donnell, el mismo que había conspirado contra él en 1841 y había frenado y minado su obra de gobierno durante el Bienio progresista, estaba realizando de la «popularidad» –en palabras de Espartero– que estaba adquiriendo el conflicto marroquí. O'Donnell había asimilado y tomado buena cuenta de los procedimientos desplegados por Espartero y Napoleón III para rentabilizar en términos políticos la gloria militar alcanzada en los campos de batalla (38). La misma notoriedad que el duque de la Victoria había sabido manejar con destreza para legitimar y proyectar su exitosa carrera militar sobre la política a través de las fiestas, las alocuciones, las entradas triunfales y la simbólica teatralización del poder (39).

3. USOS Y APROPIACIONES DEL CARISMA

Esta serie de soportes simbólicos afloraron predominantemente durante las etapas revolucionarias. En términos weberianos, aquellas breves etapas marcadas por la dominación carismática ideal y favorecidas o caracterizadas por el vacío de poder, cuando sus fervientes seguidores legitimaron su ascenso al poder sin ningún compromiso y depositaron en él sus disímiles aspiraciones de cambio (40). Aquellas que habría que distinguir de las marcadas por la jefatura, en la que la autoridad de Espartero emanó de leyes o de las ordenanzas milita-

(37) *Dichos...*, pp. 15-16.

(38) INAREJOS MUÑOZ (2010): 15-42; y HAZAREESINGH (2004): 67.

(39) En detalle, y entre una amplia nómina, CHUST CALERO (2003): 91-112; PINILLA NAVARRO (1985); y URQUIJO GOITIA (1984).

(40) Retomando el testigo de MARTÍN ARRANZ, quien aseguró poseer la tentación de interpretar la trayectoria de Espartero bajo las categorías conceptuales weberianas de la sociología de la dominación, en (1987b): 118.

res. Entre esta segunda categoría de dominación legal habría que ubicar sus discretas etapas de regente y jefe de gobierno, regidas por la Constitución de 1837, uno de sus escasos referentes programáticos e ideológicos. Ambos paréntesis como político marcaron una profunda decepción en el héroe de Luchana, singularizados por su discreto y contradictorio papel político, ejecutivo y parlamentario (41). Baste recordar cómo durante el Bienio progresista ostentó la presidencia del Consejo de Ministros sin ocupar ninguna Cartera ministerial. O sus escasas y vagas intervenciones parlamentarias, desencantado tras observar una y otra vez la dispar aceptación que gozaron sus discursos en las Cortes frente al entusiasmo que generaban entre las multitudes y sus tropas.

Precisamente su época como oficial del ejército también habría que ubicarla dentro de esta categoría de dominación legal o racional, marcada por la vigencia de las ordenanzas militares. La observancia e interpretación que realizó de la disciplina marcó de forma acusada su etapa como caudillo militar y autoriza a cuestionar el carácter carismático de su liderazgo durante su etapa como mando del ejército. Baste recordar los fusilamientos que ordenó entre soldados de sus propias filas, como ocurrió con el controvertido ajusticiamiento de un grupo de voluntarios *chapelgorris* (42). Justificados por la necesidad de poner coto a la indisciplina, atajar las insubordinaciones o dar respuesta a las represalias del enemigo, explicitaron el verdadero carácter legal o institucionalizado de la obediencia de la relación que estableció con sus subordinados (43).

No obstante, varios elementos de su etapa castrense influyeron decisivamente a la hora de forjar el aura carismática que afloró, tras su aletargamiento durante sus exilios exterior e interior, en los convulsos periodos revolucionarios: su origen popular, su imparable ascenso meritocrático en un ejército en pleno proceso de transformación, las alocuciones movilizadoras, su cercanía y empatía con el soldado, con el pueblo en último término. Un acervo al que unió sus victorias frente al carlismo, su habilidosa y rentabilizada gestión de la pacificación y los nuevos aportes que recibió de la empatía generada por su exilio

(41) Legado recopilado por DEL NIDO y SEGALERVA (1916). Sobre su regencia, aunque defendió su obra de gobierno, declaró *a posteriori*: «...yo bien presagiaba que esta magistratura en la menor edad de la Reina me iba a consumir, porque bien sabía que tenía que guardar en mi conducta, consideraciones a la que se sentaba en el Trono que no embarazan a los dictadores». Mucho más duro fue su juicio sobre su protagonismo durante el Bienio: «Yo no debí hacer caso de una situación política que no venía recomendada al mundo ni por la forma, ni por la intención... No debí darle mi apoyo, y así fue que nada me alegró»; en *Dichos...*, pp. 10 y 14, respectivamente.

(42) Episodio que tuvo lugar en diciembre de 1835, cuando Espartero ordenó fusilar a una representación de este cuerpo de voluntarios liberales guipuzcoanos acusados de haber saqueado varias poblaciones, desmanes que supuestamente él había incitado a cometer para aumentar su popularidad entre la tropa, recogido por SCHUBERT (2000): 194. El botín permitía al héroe militar afianzar su prestigio de mando, según WEBER (1984) [1922]: 196. Sobre este tipo de episodios, véase también RÍO ALDAZ (2000).

(43) Para MAX WEBER la disciplina era concebida como una muestra clara de la «objetivación del carisma», (1984) [1922]: 882.

londinense y su honrado retiro logroñés –ensalzado por antítesis a la inmoralidad rampante en los gobiernos moderados– (44). Constituyó el basamento sobre el cual se asentó y forjó la figura carismática que ocupó la centralidad durante las situaciones revolucionarias marcadas por el vacío de poder.

Esta serie de estrategias, fuentes y figuras de legitimidad que marcaron su ascensión en el campo de batalla sufrieron una traslación al campo político. Unas con más éxito que otras. Baste recordar las desafecciones que generó en su partido a la hora de rodearse de su círculo gubernativo –concebido prácticamente como un estado mayor– o sus iracundas reacciones por los problemas generados por su concepción autoritaria de hacer y entender la política. Marx calificó la regencia de «tres años de dictadura», periodo durante el cual se «rodeó de una especie de camarilla y se dio aires de dictador militar» (45). Espartero concibió el ejercicio del poder como la extensión de una disciplina y jerarquía militar aplicada a los asuntos de gobierno, terreno que estaba marcado por otros tiempos, formas y lenguajes (46). Uno de sus mayores éxitos políticos radicó en su papel como sostenedor y parapeto del Trono –uno de sus dogmas– (47), durante algunos de los momentos más críticos que atravesó la monarquía, institución con la que llegó a competir en popularidad según atestiguó Pi y Margall: fue un «hombre colocado poco menos que al nivel de sus reyes» (48). No obstante, ni María Cristina primero, ni Isabel II posteriormente, concibieron la Corona como un poder neutral que jugase un rol moderador del juego político parlamentario (49). Su decisiva y arbitraria deriva moderada provocó que los traumáticos cambios de gobierno que abrieron los paréntesis de gobierno progresista llevasen aparejado un cuestionamiento de la cúspide del poder. Una amenaza que la apelación al popular Espartero consiguió atajar durante las dos primeras embestidas. Su carisma ejerció una innegable función de mantenimiento del orden social (50).

La popularidad corporeizada en estampas, litografías, grabados, coplas, proclamas, folletos y artículos periodísticos levantó acta de la innegable y extraordinaria adhesión que despertó. Un conjunto de ceremonias, formalidades,

(44) La corrupción política y económica de esta etapa, en PRO (2007): 27-55.

(45) ENGELS y MARX (1972): 37.

(46) En palabras de ESPADAS BURGOS, Espartero sintió frustración «...por no haber podido ejercer el poder personal dictatorialmente, sin ningún tipo de oposición ni de trabas constitucionales»; (1984): 73.

(47) Según aseveró Marx, «Espartero no ha declarado nunca ser sino un monárquico constitucional». En ENGELS y MARX (1972): 39.

(48) PI Y MARGALL (1982) [1855]: 73. ROMANONES, poco sospechoso de radical, levantó acta de los recelos que despertó en María Cristina la popularidad alcanzada por Espartero tras un desfile de las tropas vencedoras que presenciaron conjuntamente en 1840; (1932): 108.

(49) En detalle, MARCUELLO BENEDICTO (1986); ROMEO MATEO (2000): 209-238; PÉREZ GARZÓN (2004); y BURDIEL (2011).

(50) Una de las principales características del liderazgo carismático, según MARTÍN ARRANZ (1987a): 90.

discursos y fiestas que reformularon lenguajes y tradiciones procedentes del Antiguo Régimen, pero que también incorporaron invenciones pergeñadas en las situaciones revolucionarias para señalar el centro de poder y otorgarle su aura (51). Fue el caso de la profusión de rituales cívico-patrióticos que proliferaron al socaire de los movimientos junteros de 1840 y 1854, liturgias que subrayaron la fraternidad –o supuesta fraternidad– de las aclamaciones populares que habían presidido los procesos de constitución de las juntas revolucionarias. Las referencias a Espartero –en manifiestos, alocuciones o imágenes– constituyeron un parapeto para revestir de pretendidos argumentos la legitimidad popular-elitista que, salvo excepciones, eclipsó la extraordinaria elección democrática de los junteros (52). Un uso y abuso similar al que tuvo lugar durante el proceso de confección de las candidaturas para las elecciones a Cortes constituyentes de 1854, donde su nombre figuró indistintamente al frente de listas progresistas, demócratas, unionistas o moderadas para encauzar su predicamento popular. Fue elegido por siete provincias, entre ellas la de Ciudad Real, su provincia natal, donde fue el candidato más votado (53). Fueron dos de las más claras apropiaciones que se hicieron de la figura de Espartero. Tampoco fueron las únicas ni las más conocidas.

4. EPÍLOGO: LA INSTITUCIONALIZACIÓN DEL CARISMA

Tal vez la más famosa apropiación o instrumentalización de su popularidad y carisma fue la realizada por Alfonso XII al comienzo de la Restauración. Recién aupado al trono y apenas finalizada la tercera contienda carlista, el monarca hizo un alto en Logroño en su regreso a la Corte para saludar a Espartero. Ambos habían conseguido derrotar al carlismo, pero el duque de la Victoria constituía el gran referente simbólico como el caudillo victorioso que había doblegado inicialmente al carlismo y pacificado España. Un capital simbólico del que anhelaba empaparse el hijo de Isabel II, necesario de arbotantes legitimadores tras el golpe militar que devolvió el trono a la dinastía borbónica. Espartero, harto ducho en este tipo de escenarios, no desaprovechó la ocasión y le entregó la Gran Cruz de San Fernando, la única que podía lograrse en el campo de batalla. Un mérito que el joven Borbón no atesoraba, a pesar de haber «lido» la expedición militar. Había constituido la principal fuente de legitimidad para forjar el liderazgo carismático de Espartero, carisma que ahora sufría una

(51) GEERTZ (1994): 150.

(52) MOLINER PRADA (1997): 292; DE LA FUENTE MONGE (2000): 123; e INAJEROS MUÑOZ (2008): 267-270.

(53) El comunicado de agradecimiento que envió a sus paisanos tras renunciar a este escaño y optar por Zaragoza constituye una buena muestra del lenguaje grandilocuente, solemne, cercano, fraternal y paternalista que caracterizaron sus comunicados y alocuciones. Véanse este y otros comunicados similares, en INAJEROS MUÑOZ (2011).

objetivación o rutinización con la escenificación de su traspaso al nuevo monarca (54). Es decir, en términos weberianos, una transformación institucional, una transacción simbólica, no una transferencia de su originaria fuerza revolucionaria (55). Una transmisibilidad que no impidió que su aura como mito liberal continuase incrementándose tras su muerte y el nuevo espaldarazo otorgado por el régimen de la Restauración (56):

«El tiempo, en vez de amenguar la talla de aquellas figuras, las agiganta cada día, y hoy las vemos subir, no tanto quizás por lo que ellas crecen como por lo que nos achicamos nosotros; y aún lloramos un poquito, ya con todo el siglo dentro del cuerpo, viendo que gérmenes tan hermosos no hayan fructificado más que en el campo de la guerra civil. Creíamos que aquello era el aprendizaje para empresas de superior magnitud... Pero no era sino precocidad infantil, de las que luego salen fallidas, dándonos, tras el muchachón de extremado vigor cerebral, hombres raquíuticos y sin seso» (57).

Para el sistema canovista algunos de los significados de la figura de Espartero no resultaron incómodos. No experimentó la decepción que interiorizaron las culturas políticas liberales más democráticas y radicales tras su dimisión y retirada en 1856, sublimada en el mordaz y velado juicio que varias décadas más tarde realizó Galdós. La república no fue su horizonte y Espartero no quiso ni intentó cruzar ese Rubicón, pese a las esperanzas que siempre depositaron en él los principales líderes demócratas y republicanos (58). La fuerza revolucionaria que había atesorado durante la lucha contra el absolutismo fue canalizada ulteriormente a reforzar el nuevo orden político y social, el mismo que evitó trastocar en el verano de 1856. Hasta ese año fue un héroe liberal y el prohombre del progresismo, lo continuó siendo formalmente hasta 1864 y simbólicamente hasta el Sexenio, cuando su nombre sonó entre los candidatos al trono de

(54) «El auténtico carisma... llega a convertirse, tras de su rutinización, en una fuente apropiada de adquisición legítima de poder de mando a favor de los sucesores del héroe carismático», WEBER (1984): 880.

(55) WEBER (1984): 197 y 202.

(56) En 1886, tras la muerte de Espartero, se levantó en la calle Alcalá de Madrid una estatua ecuestre –honor preferentemente reservado a los reyes–, bajo el significativo lema «A/ ESPARTERO/ EL PACIFICADOR/ LA NACIÓN AGRADECIDA». Similares monumentos fueron erigidos en Granátula de Calatrava (Ciudad Real), su localidad natal, y en Logroño, su ciudad de adopción, en 1895.

(57) PÉREZ GALDÓS (2005) [1899]: 3187.

(58) Las frustraciones y persecuciones sufridas por los republicanos durante su regencia no impidieron que a comienzos del Bienio progresista FERNANDO GARRIDO albergase la esperanza de que presidiese una hipotética república, plasmada en su obra *Espartero y la revolución*: «la democracia ha triunfado con Espartero, con el soldado de Luchana, en quien el Pueblo soberano personifica la libertad y funda sus esperanzas», p. 19. PI Y MARGALL también albergó esta esperanza al comienzo de su obra *La reacción y la revolución*, anhelo que desechó ya en la parte final del libro, finalizado en agosto de 1855. El desengaño cosechado durante esta etapa no impidió que durante el Sexenio algunos sectores republicanos viesan la candidatura de Espartero al trono como una solución transitoria hacia un régimen republicano: era un anciano y no tenía descendencia.

España. Pero, ante todo, su figura se erigió en un mito. Un mito que no dejó de menguar a lo largo de su vida y las décadas posteriores a su muerte. Un mito del liberalismo.

5. BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO CORTÉS, NARCISO (2004): *Cinco biografías*, Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid.
- ÁLVAREZ JUNCO, JOSÉ (1997): «El nacionalismo español como mito movilizador: cuatro guerras», en PÉREZ LEDESMA, MANUEL y CRUZ, RAFAEL: *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, pp. 35-67.
- (2002): *Mater dolorosa Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.
- Hoja de servicios del Excmo. Sr. Capitán General D. Baldomero Espartero, duque de la Victoria y de Morella* (1861), Barcelona, Establecimiento Tipográfico de Narciso Ramírez (anónima).
- BERMEJO MARTÍN, FRANCISCO (2000): *Espartero. Hacendado riojano*, Logroño, Ayuntamiento de Logroño.
- BOTREL, JEAN-FRANÇOIS (1993): *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez/Ed. Pirámide, pp. 149-175.
- BURDIEL, ISABEL (2000): «La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica», en BURDIEL, ISABEL y PÉREZ LEDESMA, MANUEL (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 17-48.
- (2011): *Isabel II: una biografía*, Madrid, Taurus.
- CC. MM. (1843): *Espartero. Su origen y elevación, o sea reseña histórica de los medios que empleó para elevarse, y de las causas de su caída*, Valencia, Imprenta de Orga y C.^a.
- CEPEDA GÓMEZ, JOSÉ (1981): «El general Espartero durante la “década ominosa” y su colaboración con la política represiva de Fernando VII», *Cuadernos de historia moderna y contemporánea*, n.º 2, pp. 147-163.
- CHAMORRO y BAQUERIZO, PEDRO (dir.) (1851-1854): *Estado mayor general del ejército español: historia del ilustre cuerpo de oficiales generales formada con las biografías de los que más se han distinguido e ilustrada con los retratos de cuerpo entero*, Madrid, Imprenta de Tomás Fontanet, 4 vols.
- CHUST CALERO, MANUEL (2003): «Héroes para la nación», en CHUST CALERO, MANUEL y MÍNGUEZ, VÍCTOR (eds.): *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*, Valencia, PUV.
- DE LA FUENTE MONGE, GREGORIO (2000): *Los revolucionarios de 1868: elites y poder en la España liberal*, Madrid, Marcial Pons.
- DEL NIDO Y SEGALERVA, JUAN (1916): *Historia política y parlamentaria de S.A.D. Baldomero Fernández Espartero*, Madrid, Imprenta de Ramona Velasco.

- DÍAZ MARÍN, PEDRO (2006): «La construcción política de Espartero antes de Regencia, 1837-1840», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, n.º 14, pp. 301-327.
- (2008): «Espartero en entredicho. La ruina de su imagen en las elecciones de 1843», *Ayer*, n.º 72, pp. 185-214.
- (2011): «Espartero: el regente plebeyo», en LA PARRA, EMILIO (coord.): *La imagen del poder: reyes y regentes en la España del siglo XIX*, Madrid, Síntesis, pp. 177-219.
- Dichos y opiniones de Espartero en conversación con sus amigos*, s/l, s/f.
- ENGELS, FRIEDRICH y MARX, KARL (1972): *Revolución en España*, Barcelona, Ariel.
- ESPADAS BURGOS, MANUEL (1984): *Baldomero Espartero: un candidato al trono de España*, Ciudad Real, Diputación Provincial de Ciudad Real.
- FRASQUET, IVANA (2003): «El héroe sin rostro», en CHUST CALERO, MANUEL y MÍN-GUEZ, VÍCTOR, (eds.): *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*, Valencia, PUV, pp. 155-172.
- Galería militar contemporánea: colección de biografías y retratos de los generales que más celebridad han conseguido en los ejércitos liberal y carlista, durante la última guerra civil, con una descripción particular y detallada de las campañas del Norte y Cataluña, obra original redactada con presencia de diarios originales de operaciones y otros documentos inéditos, proporcionados por los diferentes caudillos que han de figurar en la historia* (1846), Madrid, Sociedad Tipográfica de Hortelano y Compañía, 2 vols.
- GARCÍA PELAYO, MANUEL (1981): «Mito y actitud mítica en el campo político», en *Los mitos políticos*, Madrid, Alianza Editorial.
- GARRIDO, FERNANDO (1854): *Espartero y la revolución*, Madrid, Imprenta de Tomás Núñez Amor.
- GEERTZ, CLIFFORD (1994): «Centros, reyes y carisma: una reflexión sobre el simbolismo del poder», en *Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Barcelona, Paidós, pp. 147-171.
- HAZAREESINGH, SUDHIR (2004): *The Saint-Napoleon. Celebrations of sovereignty in nineteenth-century France*, Harvard University Press, Cambridge/London.
- Historia del General D. Baldomero Espartero, duque de la Victoria y de Morella, con los sucesos más notables de su vida política hasta su muerte* (1874), Madrid, Despacho de Marés y Compañía.
- INAREJOS MUÑOZ, JUAN ANTONIO (2008): *Ciudadanos, propietarios y electores en la construcción del liberalismo español. El caso de las provincias castellano-manchegas (1854-1868)*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2009): «La construcción de modelos de prohombre en el liberalismo isabelino», *Spagna Contemporanea*, n.º 35, pp. 21-35.
- (2010): *Intervenciones coloniales y nacionalismo español. La política exterior de la Unión Liberal y sus vínculos con Napoleón III*, Madrid, Sílex.
- (2011): *La revolución de 1854 en la España rural. El Bienio progresista en Ciudad Real (1854-1856)*, Ciudad Real, IEM.
- KOLAKOWSKY, LESZEK (1990) [1972]: *La presencia del mito*, Madrid, Cátedra.

- LAFUENTE, MODESTO y VALERA, JUAN (1877-1882): *Historia general de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII... continuada hasta nuestros días por Don Juan Valera*, Barcelona, Montaner y Simón Editores.
- MARCUELLO BENEDICTO, JUAN IGNACIO (1986): *La práctica parlamentaria en el reinado de Isabel II*, Madrid, Congreso de los Diputados.
- MARLIANI, MANUEL (1870): *La regencia de D. Baldomero Espartero, Conde de Luchana, Duque de la Victoria y de Morella, y sucesos que la prepararon*, Madrid, Imprenta de Manuel Galiano.
- MARTÍN ARRANZ, RAÚL (1987a): «El liderazgo carismático en el contexto del estudio del liderazgo», en ÁLVAREZ JUNCO, JOSÉ (comp.): *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, Siglo XXI, pp. 77-100.
- (1987b): «Espartero: figuras de legitimidad», en ÁLVAREZ JUNCO, JOSÉ (comp.): *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, Siglo XXI, pp. 101-128.
- MARTÍNEZ GALLEGO, FRANCESC ANDREU (2003): «El rescate del héroe. El panteón sin copado del liberalismo español (1808-1936)», en CHUST CALERO, MANUEL y MÍNGUEZ, VÍCTOR (eds.): *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*, Valencia, PUV, pp. 253-279.
- MARTÍNEZ VILLER GAS, JUAN (1851a): *Paralelo entre la vida militar de Espartero y la de Narváez. Obra interesante por su objeto, útil para los que quieran saber a punto fijo las hazañas de los expresados generales, y necesaria a los que fascinados por el brillo de la exterioridad hayan creído ver más que un héroe donde apenas hay un hombre*, Madrid, Imprenta de Antonio Ortigosa.
- (1851b): *Desenlace de la guerra civil, o sea resumen histórico y examen imparcial de los principales sucesos ocurridos en España desde el último sitio de Bilbao hasta el último sitio de Madrid; es decir, desde la gloriosa acción de Luchana hasta el fenómeno militar de Ardoz, o lo que es lo mismo, desde el año de gracia de 1836 hasta el año de desgracia de 1843*, Madrid, Imprenta de J. Antonio Ortigosa.
- MÍNGUEZ, VÍCTOR (2001): *Los reyes solares*, Castellón, Universitat Jaume I.
- MOLINER PRADA, ANTONI (1997): *Revolución burguesa y movimiento juntero en España*, Lleida, Milenio.
- NAVAS RUIZ, RICARDO (1990): *El romanticismo español*, Madrid, Cátedra (4.^a ed.).
- PÉREZ GALDÓS, BENITO (2005) [1899]: *Luchana*, en *Episodios Nacionales*, Madrid, CIL, vol. 12.
- PÉREZ GARZÓN, JUAN SISINIO (2001): «Los mitos fundacionales y el tiempo de la unidad imaginada del nacionalismo español», *Historia Social*, n.º 40, pp. 7-27.
- (ed.) (2004): *Isabel II: los espejos de la Reina*, Madrid, Marcial Pons.
- PI Y MARGALL, FRANCISCO (1982) [1855]: *La reacción y la revolución*, Barcelona, Anthropos.
- PINILLA NAVARRO, VICENTE (1985): *Conflictividad y revuelta política en Zaragoza (1854-1856)*, Zaragoza, Diputación.
- PIRALA, ANTONIO (1891): *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista, corregida y aumentada con la historia de la regencia de Espartero*, Madrid, Felipe González Rojas.

- (1892-1895): *Historia contemporánea: 1843-1885. Segunda parte de la guerra civil. Anales desde 1843 hasta el fallecimiento de don Alfonso XII*, Madrid, Felipe González Rojas, 6 vols.
- PRO, JUAN (2007): «Poder político y poder económico en el Madrid de los moderados (1844-1854)», *Ayer*, n.º 66, pp. 27-55.
- RÍO ALDAZ, RAMÓN DEL (2000): *Revolución liberal, expolios y «desastres» de la Primera Guerra Carlista en Navarra y en el frente del Norte*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana.
- ROMANONES, CONDE DE (1932): *Espartero. El general del pueblo*, Madrid, Espasa-Calpe.
- ROME MATEO, MARÍA CRUZ (2000): «Juana María de la Vega, condesa de Espoz y Mina (1805-1872)», en BURDIÉL, ISABEL y PÉREZ LEDESMA, MANUEL (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 209-238
- (2001): «Tras los escombros de la revolución. El moderantismo y las estrategias políticas y culturales de dominación», en FUENTES, JUAN FRANCISCO y ROURA, LLUÍS (coords.): *Sociabilidad y liberalismo en la España del siglo XIX. Homenaje a Alberto Gil Novales*, Lleida, Milenio, pp. 239-260.
- SANTIRSO RODRÍGUEZ, MANUEL (1995): «El convenio de Vergara y otras paces descartadas (1837-1840)», *Hispania*, n.º 191, pp. 1063-1092.
- (2008): *Progreso y libertad. España en la Europa liberal (1830-1870)*, Barcelona, Ariel.
- SCHUBERT, ADRIAN (2000): «Baldomero Espartero (1793-1879): del ídolo al olvido», en BURDIÉL, ISABEL y PÉREZ LEDESMA, MANUEL (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 185-209.
- SEGUNDO FLÓREZ, JOSÉ (1843-1845): *Historia de su vida militar y política y de los grandes sucesos contemporáneos*, Madrid, Sociedad Literaria, 4 vols.
- SUÁREZ CORTINA, MANUEL (2006): *La sombra del pasado. Novela e historia en Galdós, Unamuno y Valle-Inclán*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- URQUIJO GOITIA, JOSÉ RAMÓN (1984): *La revolución de 1854 en Madrid*, Madrid, CSIC.
- (1997): «Las contradicciones políticas del Bienio progresista», *Hispania*, n.º 57, pp. 267-302.
- Vida militar y política de Espartero, obra dedicada a la Ex-Milicia Nacional del Reino escrita por una Sociedad de ExMilicianos de Madrid* (1844): Madrid, Imprenta de la Sociedad de Operarios del mismo Arte.
- VOVELLE, MICHEL (2003): «La revolución francesa: ¿matriz de la heroización moderna?», en CHUST CALERO, MANUEL y MÍNGUEZ, VÍCTOR (eds.): *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*, Valencia, PUV, pp. 19-29.
- WEBER, MAX (1984) [1922]: *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México, FCE.

